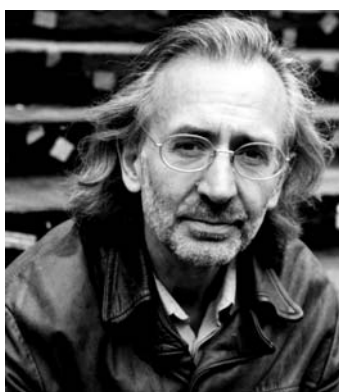


(Polémica) entrevista a Jordi Bonells

(Autor de *La segunda desaparición de Majorana*,
Editorial Funambulista, Diciembre 2005)

«A partir de 1975 no hay ninguna novela que le llegue a la suela del zapato de *Volverás a Región*, *Don Julián* o *Si te dicen que caí*.
Ninguna.»



La segunda desaparición de Majorana es una novela mezcla de ficción y realidad, un auténtico «tour de force» que, partiendo de los ecos del célebre libro de Leonardo Sciascia, *La Scomparsa di Majorana* (1975), aborda la búsqueda de un ser enigmático (un personaje real), el físico nuclear siciliano Ettore Majorana, que misteriosamente desapareció en un naufragio justo antes de la Segunda Guerra Mundial, y que reapareció con una nueva identidad décadas después en la Argentina contemporánea. La frontera entre lo real y lo imaginario se diluye en una obra por la que circulan (como personajes, casi como actores) los escritores Liliana Heker, César Aira, Rodolfo Fogwill, Mempo Giardinelli, Ricardo Piglia o Manuel Puig.

El autor de *La segunda desaparición de Majorana*, Jordi Bonells, es además un personaje casi literario en sí mismo: barcelonés emigrado a Francia en 1970, como escritor en castellano fue finalista del Premio Herralde y publicado por Anagrama; además en 2000 fue segundo finalista del Planeta y también publicado por esta editorial; pero hartado del mundo literario español, decide en 2000 comenzar a publicar en francés, en la prestigiosa editorial Liana Lévi, convirtiéndose automáticamente en un autor de culto en Francia. Bonells es, quizás, el más importante «desaparecido» de nuestras letras.

Con motivo de la publicación de *La segunda desaparición de Majorana* en España (Editorial Funambulista), presentamos esta entrevista en la que Jordi Bonells, (quien, por cierto, desde su condición de catedrático de literatura española dirige y coordina el *Grand Dictionnaire des Littératures Hispaniques* que publicará en breve la editorial Robert Laffont en Francia) nos explica en primera persona el proceso de escritura de esta apasionante obra, y además hace un polémico repaso por el actual panorama editorial español (Jorge Herralde, la Editorial Planeta, algunas agencias literarias...).

1.- ¿Es usted el narrador del libro? ¿Estuvo en la Argentina investigando sobre Majorana?

Yo soy el autor, es decir quien lo ha escrito. El narrador es una instancia interna al relato que se han sacado de la manga los críticos y los universitarios y que nadie ha podido fotografiar nunca, y encima no come chinchulines (los chinchulines verbales no saben a nada), y no es ni del Barça ni del Madrid... A mí, en cambio, se me puede fotografiar, cuando voy a Buenos Aires lo primero que hago es comerme unas buenas mollejas y me encanta ver jugar a Messi y a Ronaldinho y tengo un inmenso respeto por Raúl, *rara avis* en el mundo del fútbol. Lo que ocurre es que muchas veces el narrador se disfraza de autor y el autor de narrador porque generar confusión e incertidumbre suele ser eficaz narrativamente. Por eso a menudo, para dar más verosimilitud al

asunto, el disfraz toma la forma de un nombre propio o de un pronombre personal para que el lector identifique así, de forma automática y sin darse cuenta uno con otro. El narrador de este libro se llama Jordi y yo me llamo Jordi. Pero también Pujol se llama Jordi y no creo que se nos pueda confundir... Flaubert afirmaba que Emma Bovary era él. No sé si hay que creerle o no. Poco importa. La intencionalidad del autor nada tiene que ver con lo que afirma sino con lo que hace. Los escritores apuntamos siempre hacia algún blanco, pero es absurdo pensar que la mirilla de nuestro visor y el blanco son una misma cosa. Además, aunque yo dijera que el narrador soy yo, el narrador continuaría siendo él. Y viceversa. Así que mejor dejarle en paz.

Sí, estuve investigando sobre Majorana, pero del mismo modo que Arzak explica muy por encima cómo cocina, pero nunca nos dice cómo hace concretamente tal o tal plato, yo puedo explicar cómo escribo pero no cómo he escrito concretamente tal o cual novela o poema. Ni puedo, ni quiero... ni me atrevo...

2.- ¿Se entrevistó de verdad con todos los personajes reales con lo que se entrevista en el libro (Liliana Heker, Ricardo Piglia, Rodolfo Fogwill...)? ¿Retoma sus palabras literalmente o reinventa esos diálogos?

Con algunos sí y con otros no. Por ejemplo, la entrevista con Liliana Heker ha sido retomada tal cual, salvo, como ya lo indico en la novela, lo que me dice sobre sus amoríos que me he inventado totalmente. Nunca me habló de sus amores. Ni yo le pregunté nada al respecto. Luego hay algunos diálogos inventados y otros no. Pero como comprenderá, uno se rasca la nariz, pero es absurdo ir explicando concretamente cómo se la rasca, con qué dedo y si le pica exactamente allí donde no le pica o si no le pica donde le pica...

3.- ¿Es cierto que una vez publicado el libro en Francia ha recibido correos y llamadas de gentes que dicen haber conocido a Majorana?

Sí, ya lo explico en el epílogo. Me llamó el cónsul de Italia en París y el sobrino de Majorana, que vive en Roma y es físico y se llama Ettore como su tío.

4.- ¿Cómo cree que reaccionará la familia argentina de Majorana ahora que el libro se publica en español y se distribuya en Argentina?

No sé. Esta pregunta parece sencilla pero si se piensa bien es muy rara... y muy complicada de contestar sin traicionar. Da por sentado cosas en las que yo no me quiero meter. Que quede claro de una vez por todas: yo he escrito una novela que toma como pretexto a Majorana, pero no he escrito un ensayo sobre Majorana. Si hubiera escrito un ensayo sobre Majorana, entonces sí te contestaría con pelos y señales.

5.- ¿Cómo vive sus tres lenguas propias, castellano, francés y catalán? ¿De dónde se siente?

En mi casa mi padre solo hablaba catalán y mi madre solo castellano. Yo nunca estudié catalán y no sé escribirlo bien porque nunca me ha interesado aprender a escribir en catalán. Además desde que se murió mi padre en 1997 ya no tengo a nadie con quien hablarlo, nunca tuve ami-

gos en Barcelona y ahora aún menos, por lo que lo hablo cada vez peor. Pero muy a menudo me viene en la conversación una palabra en catalán porque dice mejor lo que quiero decir. Lo dice para mí, no para los demás que me miran como a un bicho raro. Entonces la traduzco y todo vuelve a su cauce. O eso creo. Quizá estas interferencias lingüísticas sean debidas a que continúo hablando catalán con mi padre, pero en privado. No me parece que sea una mala cosa. Ni buena. Es así. Además, de forma irracional y quizá absurda, estas decisiones son siempre irracionales y absurdas, he decidido no hablar catalán con nadie más que con mi padre, por lo que hoy cuando entro en una tienda en Cataluña pido las cosas en castellano. En cuanto al castellano lo hablo cada día en casa porque mi mujer es argentina, sus dos hijos también y el nuestro, de cuatro años, apechuga con lo que se le dé porque para eso es el más pequeño y ya impone su voluntad en todo lo demás. En cuanto al francés es el idioma del lugar donde vivo y trabajo desde 1970. Apañado iría si no lo hablara ni lo escribiera.

No tengo un sentimiento nacional arraigado. Nunca lo tuve. Ni catalán, ni español, ni francés. Como a Marsé, los nacionalismos me repugnan y los nacionalistas, comenzando por los españoles, también. Me gusta sentirme extranjero, porque ya en Barcelona en los años 50 y 60 me sentía extranjero. La razón es muy sencilla: mi casa no era mi casa, mi barrio no era mi barrio, mi ciudad no era mi ciudad, mi país no era mi país. Por qué lo sería ahora? Me explico: como mi padre era chofer de unos alemanes de Sarriá/Bonanova, vivía en una casita, la de los sirvientes, adosada a la montaña en el interior de una finca inmensa (torre se decía entonces y quizá también ahora) donde yo tenía prohibido corretear a mis anchas, porque los dueños alemanes me lo habían prohibido, y que sólo me pertenecía cuando ellos se iban de veraneo; luego, vivía en un barrio de ricos y de algunos intelectuales pijos de buena familia que se las daban de progres, frecuentaban Bocaccio, iban a La Salle o a los Jesuitas y hoy puede que dirijan alguna que otra editorial con solera, sin ser yo rico ni pijo ni progre; para más inri, vivía en una ciudad a la que casi nunca iba (en aquella época se decía «voy a Barcelona» para decir que se iba al centro), que podía contemplar desde el balcón de mi casa con el mar al fondo, como un dominio lejano e inaccesible e inalcanzable, pero que solo conocí bien cuando me fui a París, porque de cuando en cuando volvía con algún amigo o amiga y me pedían que se la hiciera visitar; y por último, vivía en un doble país de mierda, tanto Cataluña como España, tanto monta monta tanto, con el que nunca me sentí identificado, antes bien, solo tenía una idea en mente desde que tuve uso de razón: IRME. Francés tampoco me siento, por más que ya hace 35 años que vivo en Francia, pero eso sí, es un país al que le tengo apego porque me lo ha dado todo, mientras que España y/o Cataluña no me ha dado nada... salvo ganas de morirme.

«Vivía en un doble país de mierda, tanto Cataluña como España, tanto monta monta tanto, con el que nunca me sentí identificado, antes bien, solo tenía una idea en mente desde que tuve uso de razón: IRME. Francés tampoco me siento, por más que ya hace 35 años que vivo en Francia, pero eso sí, es un país al que le tengo apego porque me lo ha dado todo, mientras que España y/o Cataluña no me ha dado nada... salvo ganas de morirme.»

6.- ¿Por qué se fue de España?

Creo que queda claro por mi respuesta anterior. Porque estaba harto. Te explico en parte las razones. Después de una experiencia «desagradable» con un maestro *freelance* que nos aporrea-ba como si fuéramos una alfombra a la que hay que sacar el polvo, en 1965, con catorce años, entré como aprendiz en un taller de encuadernación donde trabajaba de 7 de la mañana a 3 de la tarde y cuando se acercaban las fiestas de fin de año, a principios de noviembre, y los encargos aumentaban, hasta las 7 de la tarde. Luego me iba corriendo, con las manos llenas de cola plástica o de carpintero que no se iba ni a la de tres a la Academia Condal, cerca del Paseo de

Gracia, a estudiar el bachillerato hasta las 10 y media de la noche. Me acostaba como muy pronto a medianoche y me levantaba a las 6 y cuarto. En aquella época además se trabajaba los sábados y solo tenía 12 días de vacaciones anuales, todo por 350 pesetas semanales (acabe ganando 1 110 pesetas en 1970). Y encima el jefe de la encuadernación, un denominado Martínez, catalanista de boquilla pero franquista cotidiano, era un hijo de puta, es decir, ni más ni menos que muchos otros pequeños empresarios catalanes, catalanistas de boquilla pero franquistas cotidianos. Dígame si esto es vida. Sobre todo que para ir a trabajar me cruzaba cotidianamente con los señoritos uniformados de la Bonanova y de Sarriá, que ni se daban cuenta de que pasaba a su lado. No era el único que tuvo esas experiencias. Salvo que yo me fui y muchos se quedaron. Estoy contento de haberme ido. Para mí era la única manera de no desaparecer.

7.- ¿Por qué decidió dejar de publicar en castellano?

No decidí nada. Las cosas se decidieron solas. No es que yo haya «dejado de», es que a los editores españoles no les interesa lo que escribo y a los lectores españoles, por el poquísimo eco que mis novelas han tenido, tampoco. No me quejo, pero es así.

Yo siempre he escrito. En Barcelona, me pasaba casi todos los domingos en un altillo del bar de la plaza de Sarriá escribiendo de cuatro a nueve. Luego nunca paré de escribir y en 1986 me presenté por primera vez a un premio literario, el Herralde, y quedé entre los cinco finalistas. No me publicaron la novela, pero me dio ánimos. Así que al año siguiente volví a presentarme con otra novela, *La Luna*, y esta vez quedé finalista *ex-aequo* con Fernández Sastre, detrás de Félix de Azúa. Esta sí me la publicaron. Pero, la verdad, a regañadientes. No sé por qué. Nadie de la editorial me llamó para decirme que había quedado finalista. Tuve que llamar yo para confirmar lo que había leído en la prensa, donde además mi novela salía firmada por un tal Ballester, que también quedó entre los finalistas.

Luego publicaron la de Azúa y la de Sastre, pero de la mía nada. Salió dos o tres días antes de las vacaciones de verano. ¡Época ideal para publicar! Saladrigas hizo una crítica excelente en *La Vanguardia* que me emocionó porque no hay que olvidar que yo era un principiante, un novato. Por eso no comprendí la crítica depreciativa y altanera de Javier Goñi en *Cambio 16* que no iba a tono, a mi parecer, ni con la obra ni conmigo, que, contrariamente a lo que él decía, no formaba parte de ningún «cotarro». Siempre he ido por libre y descolocado. La novela pasó sin pena ni gloria. Y a otra cosa mariposa. No me desanimé. Al contrario. Continúe dándole.

En el 1991 quedé finalista del Nadal, pero no bastante «finalista» como para que me publiquen. Por medio de una amiga común, me pongo entonces en contacto con una agente, la señora Antonia Kerrigan, que, en principio se tenía que ocupar de mí. Lo cierto es que el único que se ocupó de alguien fui yo, que fue quien pagó la comida cuando nos vimos por primera y única vez. ¿No te parece que es el colmo tener que invitar a tu agente? Luego si te he visto no me acuerdo. Yo también soy un poco culpable, porque esto de los agentes me parecía (me parece) muy engorroso. Así que no le di más bola (como se dice en Argentina) y seguí a mi onda.

Quedé dos o tres veces más entre los finalistas del Herralde sin lograr que me publicasen. En 1999 les envió a los de Anagrama un manuscrito y aún estoy esperando que me contesten. Entretanto, por mi trabajo en la universidad, yo ya había publicado en Francia varios ensayos en francés de crítica literaria, de sociología y de historia, que es mi formación inicial (estudié con Pierre Vilar, entrañable, extraordinario, durante siete años). Y también había hecho algunos pinitos narrativos y poéticos en francés. Pero llevaba una vida bastante ajetreada. De febrero del 98 a septiembre de

«Quedé dos o tres veces más entre los finalistas del Herralde sin lograr que me publicasen. En 1999 les envió a los de Anagrama un manuscrito y aún estoy esperando que me contesten.»

2000 había estado viviendo en Buenos Aires, antes de instalarme en Madrid hasta el 2002. En junio del 2000 decidí mandar una novela escrita en Buenos Aires al premio Planeta. Ya había probado el Herralde, ya había probado el Nadal, sólo me quedaba el Planeta. Y para gran sorpresa mía quedé segundo finalista. Me entero de ello por la radio y por la prensa, porque nadie de la editorial se pone en contacto conmigo para notificármelo. La mala educación es, por lo que parece, una constante en el mundo editorial español. Como quiera que sea, me la publican: *El olvido*. De nuevo sin pena ni gloria, aunque tengo que decir que Ana D'Atri y Puri Plaza, las editoras de Planeta que se ocuparon de mí fueron muy atentas. Pero está claro que lo que yo escribo no pega aquí en España. ¡Qué se le va a hacer! Por mí no habrá quedado. Y la verdad es que ahora ya me da igual publicar o no publicar. Si publico bien; si no publico, pues también.

El Majorana lo empecé también en Buenos Aires: en 1998. La idea me trotaba en la cabeza desde hacía algunos años. La escribí directamente en francés, mientras por otro lado escribía *El olvido* en castellano. Siempre he llevado varios proyectos al mismo tiempo. Necesitaba escribir en francés. No sé muy bien por qué. Me comenzó a salir así. La primera frase. Y como la primera frase salió en francés, la segunda y la tercera también. No hubo premeditación. Salió así porque no me salió en castellano. Y sanseacabó. Luego, como me fue bien con esa novela y como los editores franceses de Liana Lévi me trataron muy bien, proseguí en francés con una segunda novela que retoma un proyecto y unas primeras páginas del 1997 ya en francés. Y como los de Liana Lévi me continúan tratando bien, voy a continuar con ellos si ellos quieren continuar conmigo. Con los editores uno nunca sabe. Lo que no quiere decir que haya dejado de escribir en castellano, ni que no quiera publicar en castellano. Cuando un editor español se interese por lo que hago, pues perfecto. Si ninguno se interesa, pues perfecto también. A los de Funambulista parece ser, por lo que me ha dicho Max Lacruz, les gusta lo que escribo y quieren publicarme más cosas. Pues miel sobre hojuelas. De hecho estoy escribiendo ahora mismo una novela en castellano que se llama *La anunciación*, sobre el tema precisamente de la anunciación. Casi nunca engaño con los títulos. En francés estoy escribiendo una novela que se llama, traduzco, *Dar la espalda* y otra que se llama *Witoldo y Winz*. Con eso todo está dicho.

8. ¿Cómo se ve la literatura española y latinoamericana desde Francia, usted que es profesor de literatura y compilador del *Gran Diccionario de Literaturas Hispánicas* en curso?

Una precisión: no compilo sino que dirijo un diccionario (sin el «gran») de literaturas en castellano para la colección «Bouquins» de Robert Laffont. Me

«A partir de 1975 no hay ninguna novela que le llegue a la suela del zapato de *Volverás a Región*, *Don Julián* o *Si te dicen que caí*. NINGUNA.»

arrepiento haberme metido en eso porque me da demasiado trabajo y yo soy un gran perezoso. Pero a lo hecho pecho.

Como catedrático, la literatura española actual es interesante porque uno acaba enrollándose con cantidad de temas que no dejan de tener su interés, es decir, si se mira bien, ninguno... A mí me interesa mucho el tema de la intencionalidad y de los mundos ficcionales, por lo que estoy bien servido.

Como lector, salvo muy contados casos, la literatura actual en castellano no me interesa para nada: ni la novela, ni la poesía. Cuando se repasa, por ejemplo, la producción literaria a partir de 1975 no hay ninguna novela que le llegue a la suela del zapato de *Volverás a Región*, *Don Julián* o *Si te dicen que caí*. NINGUNA. Salvo las de esos mismos autores, que pasan por viejos, pero lo son mucho menos, narrativamente, que los que se las dan de jóvenes y modernos: *Saúl ante Samuel*, *Las semanas del jardín*, *Rabos de lagartija* (final fallido pero a pesar de ello magnífica novela). Y frente a estos ¿quién y qué? Hay cosas interesantes, cómo no, pero sin más. Merino, Muñoz Molina, Mendoza, Millás, Martínez Pisón, Martín Garzo, Mateo Díez... Se dará cuenta que todos empiezan con M... ¡Cómo se va

a ser un gran escritor con un apellido que empieza con M! Una excepción: Marías. El mejor de calle. Muy por encima de todos los demás. Desde mi punto de vista, le falta densidad narrativa, mundo, pero siempre intenta algo. Eso es encomiable. A mí, por ejemplo, me puede parecer que en su último ciclo se está copiando demasiado a sí mismo. Quizá me equivoque, quizá no, pero no se le puede negar un anticonformismo narrativo y un anticonformismo *tout court* que suscita todos mis respetos. Además desprecia a los curas y las monjas como yo, y eso me le hace simpático. Y el artículo que publicó hace años en *El País*, "El padre", es soberbio. Me emocionó de verdad. Pombo, tiene páginas espléndidas, pero es un señor un poco plomo. Luego, hay algunas obras, así a voleo, que me parecen espléndidas: *Soldados de Salamina* de Cercas, *El vano ayer* de Isaac Rosa, *La escala de los mapas* de Gopegui. Como también me pareció espléndida *Bella en las tinieblas* de Manuel de Lope.

«Los premios: casi todos critican que se le dé un premio a una novela malísima. Entonces, señores, por qué se le dedica una página entera de *El País*, de *El Mundo*, de *La Vanguardia*, etc. Si es mala, es mala y punto. Se la liquida en dos patadas y se dedica el espacio del periódico a alguna novela que valga la pena o se habla de la novela de Pau Janer en la rúbrica de hechos de sociedad, que es donde se tiene que hablar y no en la rúbrica literaria. Es decir, que los mismos que se las dan de críticos excelsos están lamiendo el culo *sotto voce*. Así funciona la red.»

(hay que escribir novelas en tiempo real, como la información en la red), el chulismo (Pérez Reverte es casi una caricatura del chulo literario) Un buen ejemplo de todo esto es el de los premios. Casi todos critican que se le dé un premio a una novela malísima, la de Pau Janer por dar un ejemplo, aunque no es la única, sino una más. Entonces, señores, porque se le dedica una página entera de *El País*, de *El Mundo*, de *La Vanguardia*, etc. Si es mala, es mala y punto. Se la liquida en dos patadas y se dedica el espacio del periódico a alguna novela que valga la pena o se habla de la novela de Pau Janer en la rúbrica de hechos de sociedad, que es donde se tiene que hablar y no en la rúbrica literaria. Es decir, que los mismos que se las dan de críticos excelsos están lamiendo el culo *sotto voce*. Así funciona la red. Podría multiplicar los ejemplos. No tengo tiempo.

Respecto a la poesía hay tantos poetas que es difícil estar al corriente de todos. Me parece que el panorama está lleno de estetas programados y prefabricados que llevan la voz cantante, pero sin que puedan compararse con Valente o con Gamoneda. Pedro Casariego Córdoba es sin embargo una estrella fugaz impresionante de fuerza y de destino. Otro que me interesa es Dionisio Cañas.

La literatura latinoamericana comienza a seguir, creo, un cauce similar al que acabo de describir respecto a España, por lo que comienzo a pensar que soy un anticuado que no comprende nada

Lo que sí hay de un tiempo a esta parte es mucha retórica, mucho amiguismo (yo te invito a una feria, tú me invitas a otra feria), mucho viaje colectivo pagado por las arcas públicas, mucho autobombo y mucha mafia, incluso familiar, que, para acabar de rizar el rizo, acaba copando los puestos de responsabilidad institucional. Se ha creado una red de autocomplacencia, con sus denostamientos controlados (necesarios para que la red funcione) donde todos comparten de hecho los mismos valores aun cuando adopten la pose de criticarlos : la venta como criterio de calidad y sobre todo de legitimidad (Pérez Reverte o Ruiz Zafón se permiten dar lecciones a todo quisqui solamente porque han vendido millones, lo que les da una auctoritas que nadie cuestiona porque de hecho todos aspiran a vender mucho para poder dar a su vez lecciones), figurar, una cinematografización a ultranza es «de los modernos» (Soler, Casariego, Ruiz Zafón...) que trabajan en televisión o para el cine y que el sueño de muchos es que la novela que han escrito se proyecte en una pantalla donde los criterios televisivos se imponen de forma hegemónica), la «inmediatización»

de nada. Además, a priori, no hay un campo literario unificado, sino fragmentado, por lo que es muy difícil globalizar. Ahora bien, el que Alfaguara domine de forma hegemónica el mercado literario latinoamericano tiene tendencia a uniformizar el producto. Nos estamos todos paisificando. El campo narrativo argentino, por ejemplo, que es el que conozco mejor, está muy marcado por lo televisivo y por lo ligero: Mairal, López... No me interesan en absoluto. Cucurto es el único divertido, pero sin más. Pauls es otra cosa. Me gusta su densidad, su intensidad también. Me da igual que El pasado a veces se me caiga de las manos. Con Bernhard o Lobo Antunes también me ocurre y son grandísimos escritores. Aira es artificial, y creo que con él hay un fenómeno de moda. Los jóvenes escritores buscan un padre que no esté demasiado chamuscado y han visto en Aira a un referente, porque además como crítico es muy agudo, mucho mejor que Piglia. En cambio gente como Chejfec, Guebel, Delgado tienen cosas interesantes. Y luego, claro, están Benesdra y Barón Biza, sobrecogedores, aunque no forzosamente buenos escritores o en todo caso lo son de forma intermitente. En cuanto a Bolaño, del que todos hablan, me parece sobredimensionado. Los detectives salvajes es una fabada que acaba planteándote problemas digestivos. Pero tiene algunas novelas más «modestas» magníficas como la *Monsieur Pain* o *La literatura nazi* (muy original) o *Estrella distante* o *Nocturno de Chile*. Pero las novelas sobre escritores me hartan un poco en general. 2066 no lo he leído ni creo que la lea porque es muy gorda y con una fabada ya basta. Un chileno poco conocido es Couve, soberbio. Bueno, me paro aquí, porque sino escribo el diccionario al que se refería y le debo la primicia a Robert Laffont.

9.- ¿Cómo cree que se ve la literatura francesa en España, en Argentina?

No sé. Anagrama traduce a autores franceses: Echenoz, Toussaint, Houellebecq. El primero tiene cosas muy buenas, *Nous trois*, por ejemplo. Toussaint es un poco aburrido. Houellebecq no lo conozco, pero por lo que leo sus historias son muy esquemáticas, así que no me extraña que guste. Pascal Quignard, en cambio, tiene cosas impresionantes. Pero le pasa lo que le pasa a casi todos los escritores franceses, que quiere ser brillante por encima de todo. En Francia, los intelectuales quieren ser brillantes hasta cuando cagan, y eso, como es bien sabido, es imposible.

10.- ¿Se siente parte de la literatura francesa, española? ¿En alguna tradición?

Cómo voy a sentirme parte de algo, si siempre he ido a salto de mata y a mi aire. Mi tradición es la de los escritores que me gustan y curiosamente, porque no leo el alemán, son germánicos en su mayoría. No sé a qué es debido, pero así es. Lo que sí quiero decir es que el descubrimiento de Beckett fue para mí decisivo. Junto con Zweig, Papini, Hamsum, Kafka, Nietzsche y Lucky Marty forma parte de mis siete magníficos.

11.- Su siguiente libro en francés trata de un episodio familiar relacionado con la guerra civil... ¿Por qué escribirlo en francés y no en castellano?

Se equivoca. No trata de ningún episodio familiar sino que juego con la posibilidad de que sea un episodio familiar. Para darle un ejemplo sencillo, en la novela el padre del narrador muere en febrero y mi padre se murió en noviembre; la madre del narrador está muerta también y mi madre está vivita y coleando. Por lo demás, es una novela situada en la guerra civil y en el presente. De nuevo lo mismo: la escribí en francés porque Liana Lévi me trata bien, y de haberla escrito en castellano los editores españoles me hubieran vuelto a tratar mal o hubiera tenido que

estar buscando editor como un desesperado. La ley del mínimo esfuerzo. Es una ventaja, sabe, esto de poder escribir en dos lenguas. Si pudiera escribir en ruso lo haría. Pero ya me parece que es un poco tarde. Además, tendría que buscarme un editor ruso y con las mafias que hay por allá, quizá acabara mal.

12.- ¿Ha seguido paso a paso el proceso de traducción de su libro *La segunda desaparición de Majorana* al español. ¿Cómo lo ha vivido? ¿Por qué no quiso traducirse a sí mismo? ¿Qué sensación le causa que otro haya puesto las palabras en su propia lengua palabras que usted había puesto en una lengua de adopción... lo ha vivido como una usurpación, como una vuelta a casa? ¿Porque este libro tan argentino lo escribió en francés?

Paso a paso no lo he seguido. Vi la traducción ya hecha, que me pareció buena, pero corregí bastante la parte en argentino porque Lluís Agustí, el traductor, se había quedado muy corto y los diálogos sonaban a «gallego».

No he vivido nada, lo he constatado.

Primero porque soy un malísimo traductor. Segundo porque estaba muy liado y no tenía tiempo. Tercero porque es muy difícil, por no decir imposible, levantarse del suelo estirando uno mismo los cordones de sus zapatos.

Ninguna sensación. Estoy contento sobre todo porque el traductor, con el que he intercambiado algún mail, me parece una muy buena persona, y siempre me alegra ver que hay buenas personas desperdigadas por el mundo. Por lo tanto no lo he vivido ni como usurpación, ni como nada, salvo como un enriquecimiento.

Yo no tengo casa. Mi casa, la única, la que estaba adosada al Tibidabo, fue derruida en 1991 para construir el cinturón de ronda. Hasta hace un año aún quedaba de ella la huella de la pared de mi cuarto y de la de la cocina, pegada como una calcomanía al muro protector de la montaña. Siempre que iba a Barcelona la iba a ver porque paradójicamente a uno le gusta ir a los lugares donde ha sufrido. Y sistemáticamente al bajar la cuesta de la calle Iradier me entraba una diarrea que no veas. Sabía que me iba a pasar, pero iba. ¡Qué se le va a hacer! Ahora ya no queda ni eso. Es decir, ya no me queda ni la posibilidad de cagarme en ella, es decir en mí. Esta última pregunta ya la he contestado.

13.- ¿Volverá a escribir en Español algún día?

A eso también he contestado. Lo que ya no voy a hacer es ir buscando editorial española. Si alguien le interesa lo que escribo, pues le mando cosas en castellano. Que no te interesa, pues no se las mando. Además, todo esto depende de muchas cosas. Soy consciente de ello. Si del Majorana se venden tres ejemplares, pues el editor se lo pensará muy mucho antes de publicarme otra cosa. Si resulta que vende tres millones, aunque te mande una mierda me la publicará de inmediato. Tiempo al tiempo.

14.- ¿Que opina del mundo literario y editorial español, tras su experiencia en ANAGRAMA y PLANETA?

Esto también lo he contestado, aun a costa de quedar mal con todo el mundo. Lo digo con toda sinceridad: a mí me hubiera gustado que Herralde me diera bola. Fue una decepción muy grande el ver que por más que le mandaba cosas, las rechazaba una tras otra. No soy el único, claro está. Ni el primero, ni el último. Y ahora ya, para decir la verdad, creo que mi tren ha

pasado. Estoy desfasado con respecto a lo que literariamente «se lleva». Mis gustos, como ha quedado demostrado en esta entrevista se han quedado anticuados. Pero me da igual. Continúo en mis trece porque no tengo necesidad de ir lamiendo el culo a nadie. Escribo lo que me da la gana. Que gusta a alguien, bien. Que no gusta, también. Y ahora me paro porque esta entrevista me ha agotado.



La segunda desaparición de Majorana

Jordi Bonells

Editorial Funambulista

ISBN: 84-934532-9-3

216 páginas

Tamaño: 14 x 18 cm.

PVP sin IVA: 15,33 €

PVP con IVA: 15,95 €

FECHA DE PUBLICACIÓN: DICIEMBRE 2005

Más información en www.funambulista.net/majorana.htm